Mi marido y nuestros amantes

(Segunda parte de «Mi mujer y sus amantes»)

Miguel Cantrovía y Raquel Acanche

Mi marido y nuestros amantes

- Segunda parte de «Mi mujer y sus amantes» -

Miguel Cantrovía y Raquel Acanche

avant
editorial

Primera edición, ,marzo de 2024
©Miguel Cantrovía y Raquel Acanche 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19970-93-0
IBIC: FP
DEPÓSITO LEGAL: M-7301-2024

En la vida, la generosidad es virtud.
En el amor, es grandeza y suele tener recompensa.
La dulzura con nosotras debe formar parte del núcleo del amor.
En este, el respeto siempre preside.
Y a ellos, a mis amantes, especialmente obliga.

La Autora

Elogio a Raquel, mi gran amor.
Y a mis amantes, por señoras, siempre mi admiración.
De todas ellas he aprendido que compartir nos hace más felices

El Autor

A nuestros/as amantes.
Por todo el cariño que nos regalan.
Y el amor que les profesamos.

INTRODUCCIÓN
1.- NOSOTROS

NOSOTROS. Así iniciábamos la primera parte de esta historia. La historia de mi mujer, Raquel, con su primer amante, Richard, y con Javier, que se sumó después con gran alegría para los dos. Así volvemos a reiniciarla.

Queremos creer que, si tus ojos están leyendo las primeras palabras de esta segunda parte de la obra, es porque tu generosidad para con nosotros se ha convertido en interés por saber lo que pudo pasar después de terminar tal primera parte con un elocuente *La vida sigue*… *Esta historia también continuará.*

Cuánta alegría recordar que fue una aventura iniciada en verano de 2019, cuando Richard entró en nuestras vidas para quedarse. Raquel era feliz cada vez que se juntaba con nosotros, y yo, a mi manera, también lo era. Quizás no sería necesario reiterar que ver a mi esposa radiante era prioritario en mi vida.

Durante dos maravillosos años, nuestra vida estuvo llena de encuentros en los que dábamos rienda suelta a una pasión compartida, que a los tres nos satisfacía en todos los sentidos. Éramos tres adultos, un matrimonio y un tercero, amante de mi mujer y amigo mío, que en las ocasiones que estábamos juntos disfrutábamos plenamente de la vida. Ni un problema, ningún enfado, todo era convivencia llena de alegría, tanto cuando disfrutábamos en la orilla del mar, como cuando en nuestro *chalet* se hacía presente la magia del deseo y del amor que Raquel, una y otra vez, nos regalaba a los dos.

Pero, es más, a la intrahistoria de esos veintitantos meses, con el trío rodando a las mil maravillas, vinieron a sumarse nuevas experiencias con un segundo amante. Este llegó a Raquel por casualidad, y fue culpa de Richard, quien lo llevó a la fiesta especial de intercambio en una finca de Toledo. El resultado fue una Raquel tremendamente feliz con Javier, un deportista con también entró para quedarse en nuestras vidas.

Así fue pasando el tiempo, hasta la primavera de 2021. El domingo 2 de mayo de ese año todo se truncó. La mañana de ese día, Richard recogió a Raquel en la casa de Isabel y Javier y la llevó a la estación del AVE, con destino a Andalucía, para retornar conmigo. Mientras esperaban la salida del tren tomando un café, le soltó lo que ella no hubiera querido oír nunca: «Me caso el próximo 26 de junio».

Cuánta pena recordarlo. El mundo se cayó encima de Raquel. Mi tristeza se hizo cómplice de la suya cuando se bajó del tren en Córdoba y, entre lágrimas, me soltó la noticia. A partir de ese momento sólo quedaba la opción de compartir la desgracia. Fácil no fue, pero nuestro amor era, y es, a prueba de bomba. Por eso, tras llegar a casa, esa aciaga noche se produjo un terremoto de emociones compartidas entre los dos, que terminaron como corresponde a lo grande que es mi mujer y al inmenso cariño que yo le tengo.

Mis sentimientos se resumieron en las palabras que le dije y que ahora reitero:

«A pesar de que sé que le quieres y esto ha sido un palo muy grande para ti, en principio difícil de soportar, no tenemos que estar pendiente de él, y menos tú. Ni mucho menos. Tú vales mucho más que eso. Eres una increíble mujer. Eres mi mujer. Él fue tu amante y mi amigo. Habiéndote defraudado, se acabó mi amistad».

Sus sentimientos tardaron alguna hora más en ver la luz. Yo ya estaba dormido. Raquel siguió pensando en lo que le había sucedido y, sobre todo, en lo que debía hacer. Su madurez e inteligencia natural le dieron la respuesta antes de que el sueño se apoderara de ella y quedara también profundamente dormida. Concretamente:

«La mejor conclusión terminó apareciendo. No me importaba la reacción de Richard y menos le iba a llamar. Debía pasar página. Seguro que el dolor va a ser grande, pero tengo la suerte de no estar sola. Tengo a mi lado al hombre de mi vida. Con él, poco a poco todo

volverá a estar en su sitio, pues, al fin y al cabo, mi marido es la generosidad hecha vida. Él es mi mejor amor. Siempre lo será».

La vida sigue.

Amaneció el lunes tres de mayo. Desayuno con mi hombre. Un beso de amor y el Instituto ocupó casi toda la jornada. A media tarde, volvía a mi hogar.

BODA A LA VISTA. SI YO TE CONTARA

Eran las ocho de esa misma tarde, cuando sonó mi teléfono. No me paré a pensar y contesté a la llamada. Escuché la voz de Richard.

—Buenas tardes, cariño. ¿Cómo estás? ¿Sigues preocupada y molesta conmigo?

—¿A ti qué te parece? Preocupada es poco, molesta es difícil estarlo más. ¿Por qué me llamas?

—Porque tengo que hablar contigo. No solo eres tú la preocupada. Yo también lo estoy. Y más de lo que te puedas creer. Miguel imagino que también. Si no he llamado antes, ha sido para esperar a que estuvierais los dos en casa. Te pido que abras la voz del teléfono para que Miguel pueda escucharme.

—Espera un momento que le aviso.

Pasados unos segundos continuó la conversación.

—Miguel, buenas tardes. ¿Cómo estás?

—Ya me conoces. Si Raquel no está feliz, yo tampoco. Y si ella sufre, yo también. Es evidente que le has dado motivos para que esté así. Y yo siempre a su lado, para lo bueno y para lo malo. Nos has decepcionado a los dos.

—Me lo imaginaba, pero lo quería oír. No solo yo. Hay alguien a mi lado que también os está escuchando. A esta persona y a mí nos

hubiera gustado mejor subir a un AVE, o al avión, para hablar directamente con vosotros, pero sabiendo cómo debe estar Raquel, no podía esperar más tiempo. Ella estará enfadada conmigo, y con razón, pero la sigo queriendo y no lo puedo permitir. Si por mi torpeza ha pasado lo que ha pasado, esto tiene que zanjarse de una manera rápida. Es lo menos que se merece alguien tan importante para mí. Por eso os pido permiso para que quien está a mi lado hable contigo, Raquel, y tú, Miguel, lo puedas escuchar.

—Richard, sabes que de tonta no tengo un pelo. Me dice un sexto sentido quién debe ser la persona que está contigo. Si acierto, ¿crees necesario hacerme pasar por esto? ¿Quieres que sufra más?

—Ya os he dicho que nos hubiera gustado más ir a veros para hablar directamente con vosotros, pero teniendo en cuenta el patón que metí ayer, las cosas se han precipitado. Sabiendo cómo te encuentras, no podía esperar más tiempo. Mejor es zanjar el tema rápidamente por muy triste y grave que sea. Tú siempre has tenido personalidad. No va contigo ni la cobardía ni esconderte.

—Llevas razón. Mejor así. ¿Quién quiere hablar conmigo?

—Te paso, os paso a Ana.

—Buenas tardes a los dos. Gracias, Miguel. Gracias especialmente a ti, Raquel, por permitirme que os hable sin ni siquiera conocernos. Estoy de acuerdo con Richard, pues, sin duda alguna, lo mejor es hacerle caso al refrán y pillar el toro por los cuernos para resolver de la mejor manera posible el problema planteado, que me afecta a mí también, tanto como os afecta a vosotros. Os pido un poco de paciencia para haceros una exposición completa. Luego, si aceptáis seguir hablando conmigo, me podréis argumentar, o decir, lo que consideréis oportuno. Sobre todo, tú, Raquel.

Hubo silencio. Ana continuó hablando.

—Ayer, nada más dejarte en el tren, me llamó Richard porque quería veme lo más pronto posible. Lo noté tan nervioso y excitado que nos reunimos enseguida. Tuvimos una larguísima conversación. Se me sinceró del todo. Es cierto que salimos desde el verano, pero no es verdad que desde entonces tuviéramos pensado casarnos. Ni mucho menos. Me parece que ayer, tontamente, te lo hizo creer. Ante tu reacción, no supo corregir el error. La decisión de la boda la hemos tomado mucho después. Incluso después de lo de Toledo, que fue en

marzo. Estoy informada de todo, porque ayer, te reitero, Richard me puso al día. Mira, Raquel, él me ha ido contando poco a poco cómo era su vida y, por supuesto, se la he ido aceptando. Pero la decisión de casarnos ha sido de hace unas semanas. En el mes de abril recién terminado. Estamos a 3 de mayo. Hoy estoy al corriente de todo. Por eso debo decirte que, tras las aclaraciones de Richard, esto no va a continuar así. Esto se ha acabado.

Raquel la interrumpió.

—Veo que Richard por fin se ha sincerado contigo. Más vale tarde que nunca. Creía conocerle bien y le tenía como un hombre de ideas claras. En este caso, no ha sido así. Ha sido tan cobarde que ha preferido esperar a que le estalle todo. Bien que lo ha conseguido. Al menos ya ha sido franco y encara directamente el problema. Pero, por otro lado, me dejas descolocada con tu drástico comentario final. Me dices con toda tranquilidad que esto se ha acabado, sin pensar en el daño que me puedes estar haciendo. Que es mucho. Muy lamentable tu comentario. Vamos, que en estos momentos no sé qué hacer. Me siento muy incómoda y supongo que Miguel también. No debería seguir hablando contigo, porque, tras haber sentenciado de una forma tan desagradable para mí, lo suyo es esto, sobrando todo lo demás. Por eso, la conversación ha terminado. Voy a colgar. ¿De acuerdo?

—Pues no. No cuelgues por favor. Has creído oportuno cortarme y me he callado, porque he preferido dejar que me hablaras. Pero disculpa que te responda con toda contundencia. Te precipitas con tu decisión de cortar la llamada. No he pretendido ser desagradable contigo, pero es evidente que, llegados a este punto, me obligas a que adelante el final de lo que te quería decir, de lo que os quiero decir a los dos. Por favor, escuchadme. Esto se ha acabado y no llegará la sangre al río. La razón es muy sencilla. La especial relación que Richard comparte con vosotros, especialmente contigo Raquel, no va a continuar así y se ha acabado porque ya no sois tres. En todo caso, seríamos cuatro, si me aceptáis en el grupo. ¿Me he explicado bien?

Hubo un silencio que cortaba. Miguel entró en la conversación.

—Esperad un momento. Una de las cosas que define a mi niña es la rapidez de su cerebro. Se ha apartado del teléfono y la tengo sentada en un sillón temblándole todo el cuerpo, con los ojos llenos de lágrimas. Ana, has pasado de darle un susto morrocotudo, que parecía

lógico por la situación, a hacerle una declaración tan impactante, que la has desarmado. Espera un poco a que se me tranquilice, que, entre sollozo y sollozo, sigue con el tembleque.

Richard, muy nervioso, intervino.

—Raquel, mi querida niña andaluza, tranquilízate. Deja seguir a Ana.

Pasaron unos segundos. Oímos suspirar a Raquel, mientras se acercaba al teléfono.

—Perdonadme. Ya sí puedo tener más paciencia. Ana, continúa por favor.

—Efectivamente, llevamos juntos desde el verano pasado. Formamos parte de un grupo de amigos y amigas, que, de vez en cuando, salimos. La mayoría, por no decir todos, personas independientes con sus vidas y trabajos, que se ven en distintas fiestas. Algunos ya casados. Compartimos edades y formas parecidas de ver la vida. Lo que nos sucedió a ambos es que empezamos gustándonos, continuamos sintiéndonos bien juntos y terminamos enamorándonos. Nos hemos respetado siempre, y ni él ni yo hemos profundizado en la vida del otro. No por nada en especial, simplemente estábamos bien y punto. Es cierto que en alguna ocasión me había hablado fenomenalmente de un matrimonio andaluz con el que había coincidido en la playa, estableciendo cierta amistad con ellos, pero no creyó oportuno decirme más, ni a mí se me ocurrió ser más curiosa. No surgió. Pero también es cierto que, últimamente, le he notado algo más nervioso. Si lo pienso más, aseguraría que fue después de marzo. Concretamente, fue después del encuentro tan liberal de Toledo acompañado por ti, Raquel. Yo no lo conocía y justifiqué que el nerviosismo era por cuestiones del trabajo en el hotel. Entre las muchas cosas de las que hemos hablado anoche, me dijo que su principal error fue no decirte nada el viernes pasado cuando os acostasteis por última vez. Fíjate cómo se ha sincerado conmigo que hasta este detalle me ha contado. No se atrevió, y cuando te lo ha dicho, ha sido tarde y de sopetón. Hay que ser muy torpe. Él lo ha sido.

Richard intervino.

—Raquel, escúchame. Lo que te dice Ana es la verdad. Tan seguro de mí mismo durante toda la vida y esta vez no lo he podido hacer peor. Pero, créeme, la razón es sencilla: el miedo a perderte.

Perdóname. Tú estás felizmente casada con Miguel y formamos un trío genial en el que tiene cabida que yo también te quiera a ti. Pero me he ido sintiendo muy bien con Ana, hasta llegar a enamorarme de ella, sin que pueda aceptar perderte. Ahí es cuando me he equivocado. No he sabido resolver la situación y peor no lo he podido hacer. Raquel, me quiero casar con Ana, pero por nada del mundo querría alejarme de tu lado. Por eso, a pesar de mi inmenso error, bendito fue el día de ayer porque le terminé contando a Ana, con todo detalle, mi vida amorosa. El resultado es esta llamada y lo que os acaba de declarar. Por eso, tranquila mi otro amor, mi Raquel.

Miguel también intervino.

—Raquel está más tranquila. Todavía tiene lagrimillas, pero ahora son de alegría. No veis su cara, pero su sonrisa os aseguro que lo dice todo. Continúa Ana, por favor.

—Gracias Miguel. Con mis anteriores palabras os ha quedado claro que Raquel no sobra con mi llegada. Ojo, ni tampoco tú, Miguel. Faltaría más. Hay suficientes razones para ello. Primero, porque no me ha parecido mal que Richard haya tenido una relación especial contigo, Raquel. Me lo tenía que haber dicho antes. Bueno, en todo caso ya está aclarado. Todo lo que haya hecho en su vida anterior no sólo lo acaba de compartir conmigo, sino que, además, lo asumo con toda naturalidad. Es su vida. Segundo, porque si eres importante para Richard, que es así, y Miguel también, debéis serlo también para mí. Ambos entráis a formar parte de mi vida, o yo de la vuestra, que es lo mismo. Tercero, porque desde este momento ya no sois tres con vuestro secretito bien guardado. Cuarto, porque esta cuestión deberíamos haberla tratado mirándonos todos a las caras, pero, como no ha sido así, qué mejor momento que a través del teléfono, sin más demora. No estamos los cuatro para sufrir, y menos tú, Raquel. No te lo mereces. Estamos todos para intentar ser felices.

Raquel volvió a hablar.

—Toma ya. De sorpresa en sorpresa. Me va a dar algo, pero ahora de felicidad. Tras el mazazo inicial, tus nuevos comentarios me tranquilizan, porque compruebo que no eres una mujer celosa que quiere poner en su sitio a una antigua amante del que va a ser su marido, sino todo lo contrario. Una mujer con los pies en el suelo, segura de sí misma, que mira al futuro de frente. Estoy comprobando que

nos parecemos mucho. Hago mía tu sensibilidad y te pido disculpas por mi arrebato inicial. Ahora vuelvo a ser feliz.

Richard y Miguel estaban expectantes. Ana continuó.

—Por supuesto. Ni soy celosa ni tenía que ponerte en tu sitio. Hubiera sido una chulería, o una supuesta venganza, a todas luces innecesaria. No soy así. Todo lo contrario, hago mía tu felicidad. Pero creo que falta añadir algo muy importante. No obstante, Richard o Miguel, ¿queréis decir algo antes de que siga?

Ambos expresamos lo mismo.

—Preferimos escuchar.

Ante lo cual, Ana siguió con su exposición.

—Esto debe ser cosa de los cuatro. ¿Qué quiero decir? Que vuestras noches de amor en ese *chalet* de la costa andaluza se habrán acabado, si no sucediera una novedad importante. Tengo que estar presente. Eso sí, mi deseo es estar en todas la que se puedan dar en el futuro. Os pido, pues, que me aceptéis. Prometo que seré una más para participar en el placer que os regaláis los tres desde hace años. Y un último detalle, conmigo en el grupo lo suyo es que la presencia de Miguel se deba potenciar. ¿Verdad que me entendéis?

Bomba. Fue el broche final. Ahora nuestra cara de incredulidad y de sorpresa superó cualquier previsión. Nos quedamos simplemente estupefactos.

Raquel, dando muestras de su inteligencia y de sus reflejos, volvió a adelantarse.

—Vaya sorpresa final. Tampoco me lo esperaba. Entiendo lo que nos acabas de decir y te respondo rápidamente. Primero, cambio de opinión. Estoy deseando conocerte y darte un abrazo. Vaya pedazo de novia se ha echado mi Richard. Segundo, salvo que él nos dé otra sorpresa, bienvenida a nuestro club. Si vas a ser su mujer, para nosotros serás igual de importante. Nuestra casa de la playa estará a tu entera disposición. Tercero, todo el cariño que te podamos dar lo tienes desde este momento. Será semejante al que nosotros recibimos de Richard. Y cuarto, me ha encantado tu claridad. Por eso te añado que con respecto a lo que a Miguel le pueda esperar contigo, él tendrá la palabra, pero te adelanto que será compartido por mí. Si Richard quiso ser mi amante, y ahora se incorpora a nuestra vida la que va a ser su mujer, es de toda justicia que a mi marido le corresponda darte a ti

lo que él me da a mí. Como las mujeres somos las que mandamos en las cosas del amor, si decides acostarte con él, yo lo aplaudo.

Como Raquel había contestado antes, Miguel tuvo un poco más de tiempo para digerir la conversación.

—Mi mujer lo ha dicho casi todo. Me sumo a sus palabras. Ana, después del sufrimiento de estas últimas horas, se han aclarado las cosas. Y de qué manera. Nos das una sorpresa inesperada, nos haces un ofrecimiento muy especial y mi querida esposa te responde de una forma que, además de sorprenderme también, me resulta muy grata. Si en su momento fui yo el generoso, ahora le toca a ella responderme con la misma moneda. Si desde entonces soy más feliz cuando la veo disfrutar con Richard, ahora lo será ella viéndome a mí, si ambos intimamos. Como he entendido el nuevo papel que me puede corresponder, espero con verdadera emoción poderte regalar todo el cariño que Richard le da a mi niña bonita. Ana, si me aceptas, tendrás en mí el mejor de los amigos, hasta donde desees.

Ana me respondió sin ambages.

—Dicho queda y aceptado también. Efectivamente, tu generosidad llevó a que mi futuro marido y Raquel fueran amantes, por eso ahora me toca a mí ser generosa y permitir que te acuestes conmigo. Richard es coherente, lo comprende y lo acepta con toda naturalidad. Cuando llegue la oportunidad, comprobarás que me entrego a ti. Te lo prometo. Además de amiga, seré tu amante sin ningún problema.

Le tocaba hablar a Richard.

—Buena sorpresa, ¿verdad? Casi la misma que yo me llevé anoche con ella. Fui torpe y algo más. Fui un imbécil. Cuando le desnudé todos mis pensamientos más íntimos, pude comprobar que me iba a casar con una mujer increíble. Me escuchó con atención. Tras terminar de hablar me hizo una sola advertencia. Ya la sabéis, pero la reitero. Si era mi deseo seguir con vosotros, pues adelante, pero que entonces ella debería ser una más, con todas sus consecuencias. Con toda lógica y naturalidad acepté el envite. Como no, si no os quiero apartar de mi vida, especialmente a Raquel. Por todo ello, vuelvo a pedir perdón. En tu caso concreto, Miguel, estoy convencido de que serás un excelente amante para Ana.